

## EN MEMORIA DE JOSÉ MANUEL GANDULLO GUTIÉRREZ

Don José Gandullo Gutiérrez nos dejó el pasado 13 de mayo, con la discreción que le caracterizó toda su vida. Don José Manuel, como conocíamos a nuestros profesores de la única Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Montes que existía en España cuando era estudiante, antes de que se comenzara a utilizar Profesor o *profe* para dirigirse a ellos, fue un Ingeniero de Montes que se afanó por desarrollar su profesión con responsabilidad y dignidad. Se podría estar o no de acuerdo con él; pero no se le puede negar que representó, junto a otros compañeros de su tiempo, el prototipo de ingeniero de montes que dominaba su oficio, conocía su función y estaba plenamente decidido a cumplir con ella; en un momento en el que el paradigma que les guiaba a todos ellos era la recuperación para el país de la cubierta arbolada que había perdido en tiempos pasados.

La familia de ingenieros de montes de la época asumía que dicha cubierta arbolada se necesitaba para: *a)* salvaguardar nuestro patrimonio natural; *b)* defendernos de los efectos desastrosos que el geo-dinamismo torrencial, provocado por los aguaceros, podía desencadenar en las áreas dominantes de las cuencas hidrográficas y afectar a aldeas y caminos en la montaña; *c)* poner en valor los predios forestales a largo plazo, mejorando la producción en madera, leñas, frutos y pastos; *d)* habilitar los accesos a las zonas aisladas. En definitiva, para mejorar la calidad de vida tanto de la gente de la montaña, con la que contó para llevar a cabo dicha empresa, como de los habitantes de los valles o áreas dominadas de las cuencas.

Don José Manuel participó en esta tarea con sus estudios y experiencias en el campo de la edafología y de la ecología de los pinares españoles, que más tarde se extendió también a otras especies forestales. Sus aportaciones apoyaron a sus compañeros que trabajaban en el campo a pie de obra, preparando el terreno o plantando, para asegurar el futuro de las repoblaciones forestales, lo que hoy llamamos reforestaciones, en una época de su vida profesional en la que todavía se llevaban a cabo a gran escala en nuestro país, porque implícitamente aún se mantenía el espíritu regeneracionista surgido al inicio del siglo pasado, que contemplaba las repoblaciones de nuestros montes como un signo de progreso; como lo dejó registrado Ramón y Cajal en el libro de visitas de la casa forestal de Sierra Espuña el 19 de diciembre de 1921, tras recorrer sus montes, hoy integrantes de un Parque Natural. En esta labor no se puede olvidar a Don Antonio Nicolás Isasa, su jefe y compañero que le inició en ella; ni creo que él perdonaría que me olvidara de Don Otilio Sánchez Palomares, que posteriormente le continuó. Evidentemente no fueron los únicos, pero sí los imprescindibles para explicar la tarea en su época y contexto.

Las masas arboladas procedentes de repoblaciones que pueblan nuestros montes, con mayor frecuencia de lo que se piensa resultan difíciles de distinguir de los bosques de regeneración natural y han mejorado en incontables ocasiones unos espacios anteriormente vacíos y erosionados, dotándoles, además de la vitalidad y riqueza que siempre supone el arbolado, de un amplio registro cromático que añade una agradable sensación estética, entendida ésta como lo define Zubiri: algo que produce placer al contemplarlo, sin experimentar deseo de poseerlo. El bosque es útil y transmite belleza a los espacios naturales deshabitados, que en ocasiones también por sí mismos resultan grandiosos. Pero no olvidemos que la implantación y consolidación del arbolado, especialmente cuando se emplaza en situaciones extremas, como las repoblaciones asociadas con los trabajos de restauración de montañas, la defensa contra aludes o la lucha contra la desertificación, casi siempre sobre perfiles edáficos someros, exige el conocimiento y la aplicación de las técnicas precisas, como en cualquier otra actividad creadora. Normalmente la naturaleza colabora en la eficiencia de dichas técnicas, especialmente si son acertadas; pero por sí misma es imprevisible.

No es mi intención comentar las investigaciones y publicaciones de Don José Manuel, ni tan siquiera extenderme en su actividad docente, del que fui destinatario y del que guardo un recuerdo

extraordinario; sino centrarme en su modo esencialmente finalista de entender el trabajo. Su esquema no consistía, como resulta tan habitual en nuestros días, en realizar una investigación más o menos original, publicarla y ofrecerla a los *gestores*. Él consideraba que el principal destinatario de su experiencia o investigación era el ingeniero de campo que lo iba a utilizar en su trabajo *in situ*, o que podría utilizarlo más adelante; e intentaba implicarse para que los objetivos previstos se alcanzaran; a sabiendas de que en el sector forestal éstos no se vislumbran hasta que transcurre un prolongado periodo. Realmente eran otros tiempos y otras maneras; pero este modo de pensar y actuar es lo que hace de él un ingeniero: *saber para hacer*, como reza el lema de nuestra profesión.

Este enfoque lo corroboró él mismo, cuando con ocasión de un homenaje que le brindaron sus colaboradores más próximos en el INIA en diciembre de 2004, tuvo que responder a los reconocimientos que le dedicaron. No recuerdo exactamente cuáles fueron sus palabras, desde luego, no improvisadas; pero más o menos creo que se pueden resumir en lo siguiente: No he sido un investigador, aunque admiro a los grandes investigadores, solo he pretendido ayudar a mis compañeros en su trabajo. La frase me recordó a Cezane, cuando el crítico de arte y periodista E. Bernard le preguntó: ¿Qué piensa de los maestros?, a lo que el provenzal le contestó: Son muy buenos. Solía ir al Louvre todas las mañanas cuando estaba en París; pero he acabado por sentirme más atraído por la naturaleza. Hay que formarse una visión.

En los últimos tiempos, tras superar ambos los veinte años como catedráticos de la Escuela de Montes, nuestros encuentros han sido fuera de ella y han tenido carácter lúdico; hemos coincidido con regularidad en el Auditorio Nacional para escuchar música clásica y, en ocasiones, por el estilo de algunas obras de estreno, quizá no tan clásica; pero encontramos un espacio y un tiempo que compartir.

José Manuel, termino utilizando una frase tuya, que dedicaste a Paloma al despedirla: Nosotros nos acordamos de ti, acuérdate tú también alguna vez de nosotros. Si el tiempo, como define Marco Aurelio, es una acotación del infinito, el recuerdo puede ser la asíntota que nos devuelva a ese infinito. ¡Hasta siempre!

**Juan Ángel Mintegui Aguirre**

*El Profesor Dr. José Manuel Gandullo Gutiérrez perteneció al Comité Editorial de la revista Ecología desde su creación en 1987 hasta 1998.*